



“LA FAMILIA QUE ESCOGÍ”¹: PANORAMA DE REPRESENTACIONES
FAMILIARES EN LA NARRATIVA CHILENA RECIENTE Y SUS
VÍNCULOS CON LA TRADICIÓN LITERARIA NACIONAL

*“LA FAMILIA QUE ESCOGÍ”: A PANORAMA OF FAMILY
REPRESENTATIONS IN RECENT CHILEAN NARRATIVE AND THEIR
LINKS TO THE NATIONAL LITERARY TRADITION*

Paulina Daza

Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación
paulina.daza@umce.cl

ORCID: 0000-0001-9217-7759

Daniel Plaza

Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación
daniel.plaza@umce.cl

ORCID: 0009-0001-3550-5901

RESUMEN

La familia y su representación en la ficción ha evolucionado desde el siglo XX al XXI. En la narrativa chilena el modelo tradicional familiar occidental, impuesto socialmente (padre, madre, hijos), ha sido transgredido de múltiples formas, tanto en el siglo XX, a través de descripciones familiares polémicas en su contexto de producción, como en el siglo XXI, en el que se ha fortalecido una mirada amplia y diversa de las variadas estructuras familiares actuales. Este artículo propone identificar un panorama de representaciones familiares diferentes al modelo tradicional en algunas novelas canónicas del siglo XX y obras narrativas de los primeros diez años del siglo XXI que posibilite observar el tránsito desde descripciones familiares controversiales hacia una diversidad familiar hoy reconocida. En el desarrollo del trabajo se indican, en un primer momento,

¹ La referencia corresponde a la canción “La familia”, compilada en el álbum *Demos 3* (2017), del músico chileno Jorge González.

representaciones de familia alejadas del modelo tradicional, en novelas del canon nacional del siglo XX. Luego, se exponen algunos parentescos entre las representaciones ficcionales de la familia del siglo XX en tránsito al XXI, lo que posibilita descubrir también un emparentamiento textual entre obras narrativas de ambos siglos. Finalmente, a partir de este recorrido, se presentan tres perspectivas que funcionan como ejes de análisis para revisar los modelos familiares en la narrativa de inicios del siglo XXI.

PALABRAS CLAVE: Narrativa chilena, familia, tradición, vínculos familiares, narrativa contemporánea.

ABSTRACT

The family and its representation in fiction have evolved from the twentieth to the twenty-first century. In Chilean narrative, the traditional Western family model, socially imposed (father, mother, children), has been transgressed in multiple ways, both in the twentieth century, through controversial family descriptions in a given context, and in the twenty-first century, where diverse views of family structures have been strengthened. This article proposes to identify a panorama of representations of family that diverge from traditional models in chosen canonical novels of the twentieth century, as well as in narrative works from the first decade of the twenty-first century. In these texts, we observe a transition from controversial family descriptions to a recognized diversity of families. It first explores representations of families distant from the traditional model in national canon novels of the twentieth century. Then, connections between fictional representations of families from the twentieth century transitioning to the twenty-first are explored, which also allows for discovering a textual relationship between narrative works of both centuries. And lastly, three perspectives are presented as axes of analysis to review family models in the narrative of the early twenty-first century.

KEY WORDS: *Chilean narrative, family, tradition, family ties, contemporary narrative.*

Recibido: 28 de junio 2024.

Aceptado: 7 de octubre 2024.

“No me sigas culpando a mí, Ander, que estoy podrido de pena y la he llevado con toda la dignidad inculcada. Nos faltó madre, al país le sobró hombría”.
Zulueta, 2012.

INTRODUCCIÓN

Los diversos abordajes sobre la familia a lo largo del tiempo dan cuenta de sus transformaciones y estructuras divergentes. Pensar la familia en el contexto del capitalismo supone abordarla desde las complejidades que las condiciones de vida actual le confieren. En *La familia, la propiedad privada y el Estado* (2006), Engels nos recuerda que la familia es básicamente una unidad económica de la que derivan roles, posiciones, derechos y deberes, y, citando a Morgan, que ésta “debe progresar a medida que progrese la sociedad, debe modificarse a medida que se modifique la sociedad. La familia es un producto del sistema social y reflejará su estadio de cultura” (p. 90). Desde estas consideraciones, lo que hoy tenemos en el panorama general de la institución familiar dista mucho de lo que fue durante el siglo pasado. Las transformaciones sociales la rondan y la complejizan. O la desintegran, dependiendo de la perspectiva de quién la mire. Al respecto, pensando la familia en la sociedad capitalista, particularmente en el estadio del neoliberalismo, la familia adquiere dimensiones que, en palabras de Kemy Oyarzún (2005), la cargan de un carácter complejo:

La familia privatiza nuestros pavores y malestares, los hace familiares (cómodos y benignos), a la medida casi precisa de las ansias que estos desatan en su interior. Es agencia de socialización, pero lo es desde el interior, como si fuese ella las vísceras del poder o el Estado “vuelto del revés” (279).

En este sentido, indica que hay algo “siniestro” asociado a la relación de los sujetos con su contexto familiar, atendiendo a que la familia es “simultáneamente instancia de Represión y de lo Reprimido en la Modernidad capitalista y más aún en el neoliberalismo” (279). Por este motivo existe una tendencia a la diferenciación, a la distancia y a la desfamiliarización de la “estructura mater” (279).

Pensada desde sus complejidades, la familia amerita ser visitada y contada, pues invita a ser observada en sus peculiaridades y caracteres, interrogándola con la finalidad de bosquejar qué ha sucedido con ella. Aquí se propone que la literatura ha venido desarrollando esta tarea, desde distintas perspectivas, con distintas intenciones y con mayor o menor profundidad en sus reflexiones. En este contexto, el presente trabajo pretende configurar un panorama a partir de algunas obras representativas de la narrativa chilena,

tanto del siglo XX, como del siglo XXI². Al respecto, lo primero que podemos señalar es que la familia y su representación en la ficción ha ido transformándose en los últimos dos siglos. La narrativa chilena del siglo XX suele ilustrar el modelo tradicional de familia, es cierto, pero esto no quiere decir que en todos los casos se cumpla esta regla. Hay excepciones literarias donde es posible observar que el modelo impuesto de padre, madre, hijos, ha sido transgredido en más de una ocasión y de múltiples formas. Un conjunto de obras literarias del siglo XX, dan cuenta de esta manifestación, instalando así un “desajuste” o gesto disruptivo en relación a lo que la sociedad de la época contempla como regla tradicional. El siglo XXI, en cambio, se inicia con la consolidación de un conjunto de obras literarias en las que el modelo de familia se aleja de los cánones impuestos y, más bien, exhiben otros modelos en los que los vínculos están fijados, ya no por la consanguinidad, sino por relaciones afectivas que amplían la idea de familia, o más bien la desbordan, al punto de establecer variadas estructuras. Es un estado que refiere también a una nueva sociedad, en el que la literatura transparenta la situación actual de las cosas. Giddens (2000) dice al respecto que: “solo una minoría de gente vive ahora en lo que podríamos llamar la familia estándar de los años cincuenta – ambos padres viviendo juntos con sus hijos matrimoniales, la madre ama de casa de tiempo completo y el padre ganando el pan” (26). Son, por lo tanto, dos momentos literarios que se emparentan a través de los textos, en los que se pone en juego a la familia, por una parte, y una relación textual, por otra. Esta relación consolida, al fin y al cabo, una vinculación o la construcción de una tradición cultural y literaria. El modelo de familia representado en la obra narrativa, configura igualmente un vínculo textual, el que establece una relación entre la narrativa producida en distintos momentos del siglo XX y la que inicia el siglo XXI.

ANOMALÍAS FAMILIARES EN LA LITERATURA DEL SIGLO XX

La narrativa chilena publicada en el siglo XXI, como decíamos, muestra modelos familiares diversos, alejados de la familia tradicional occidental, socialmente impuesta durante años. Estos nuevos paradigmas, representados hoy con libertad, tienen importantes referentes en la narrativa nacional del siglo XX considerada canónica, pues en algunos relatos es posible recoger descripciones en las que se muestran controversiales atisbos

² Cabe señalar que este trabajo considera lo realizado por la crítica de los últimos años en torno a la llamada “literatura de los hijos” (Jeftanovich, 2011; Álvarez, 2013; Amaro, 2014, 2015; Bottinelli, 2016; Garay, 2016; Franken, 2017; Miranda, 2022; Olea, 2022), pero la trayectoria que sigue examina la transformación que en la literatura chilena ha registrado, tanto como idea, como constructo cultural, la idea de familia. Más allá de los procesos de la memoria en la que se inscriben los acercamientos a la literatura de los hijos, le interesa observar el fenómeno de la familia como representación, tanto en la literatura chilena del siglo XX, como en el siglo XXI.

de familias monoparentales, el cuestionamiento al dominio patriarcal, el ejercicio de la violencia entre integrantes de un núcleo familiar tradicional, la desvinculación afectiva y las nuevas organizaciones familiares constituidas por integrantes no reconocidos como parientes sanguíneos o legales. Considerando esta disposición, los estudios literarios han trazado líneas críticas que demuestran situaciones familiares de violencia, incomunicación, desinterés y desafecto, mientras comienzan a surgir otras formas familiares más acogedoras que sustituyen los formatos tradicionales. En este contexto se encuentran, por ejemplo, los estudios sobre la violencia dentro del núcleo familiar tradicional, propuestos por Rubí Carreño (2007), donde alude a la lucha por el ejercicio del poder en los núcleos familiares representados. Carreño estudia a las madres solteras de Marta Brunet y la aparición de hijos-padres andróginos, niños monstruos y la ausencia de afectos, mediados por la rigidez social, de José Donoso. Por otra parte, Rodrigo Cánovas (1997) se refirió a la orfandad al aludir tanto a los personajes como a los autores de la narrativa chilena de la última parte del siglo XX, a quienes considera hijos huérfanos, abandonados con motivo de la dictadura. Seguimos a Carreño en su propuesta que modela a la familia como un conjunto de sujetos cuyas identidades “inestables y transitorias” (82) contienden por el ejercicio del poder en función de erigirse como víctimas o victimarios, complementando su rol familiar tradicional: padre, madres hijo/a, hermano/a. En torno a la narrativa de Brunet, por ejemplo, la investigadora señala: “la víctima puede llegar a tornarse victimaria con mujeres más jóvenes o niños y el victimario también ha sido víctima de la violencia al someterse a los abusos de la madre, o al tener que subordinarse a otros en tanto inquilinos. Niños y niñas, eternos testigos y sujetos de la violencia doméstica, asumirán, también, el papel de víctimas o victimarios según el modelo que escojan” (82). En cuanto a los hijos-niños en la narrativa de Donoso indica: “ser niño en *El obsceno pájaro de la noche*, es no ser padre ni madre; es decir, estar excluido de los poderes y, por lo tanto, ser el que mira o la verdadera víctima en el juego de las máscaras” (127). Esta revisión a la diversidad familiar se ve, por una parte, afectada por la fragilidad y la evolución de identidades y roles en virtud de las relaciones internas y, por otra, enfrentada a la mirada y el escrutinio social que presume de conocer el modelo correcto e ideal de familia. Cabe señalar que en función de los objetivos de este artículo se piensa el concepto de familia desde tres disciplinas que resultan afines con las problemáticas que aquí se plantean. Estas definiciones no se presentan como modelos ideales, sino como referentes de lo esperado socialmente de la composición familiar, de modo que posibilitarán reconocer la evolución constitutiva familiar, tanto en aspectos de diversidad como de rigor en la tradición nuclear. En este sentido, desde un punto de vista sociológico, la familia, según Guillermo Páez (1984):

es un grupo de personas entrelazadas en un sistema social, cuyos vínculos se basan en relaciones de parentesco fundados en lazos biológicos y sociales con funciones específicas para cada uno de sus miembros y con una función más o menos determinada en un sistema social (23).

Dentro de la perspectiva de la sicología, Pérez y Reinoza señalan (2011):

Desde su origen, la familia tiene varias funciones que podríamos llamar universales, tales como: reproducción, protección, la posibilidad de socializar, control social, determinación del estatus para el niño y canalización de afectos, entre otras. La forma de desempeñar estas funciones variará de acuerdo a la sociedad en la cual se encuentre el grupo familiar (629).

Por último, dentro de la perspectiva del derecho, De Pina y Vara (2005) plantean que: “la familia es el grupo de personas entre quienes existe un parentesco de consanguinidad por lejano que fuere” (287).

Considerando estas conceptualizaciones en torno a la idea de familia, la literatura del siglo XX requiere ser revisada pues los modelos familiares que pone en juego operan, tanto por su composición, como por sus modos de funcionamiento, como tipos rupturistas para su época.

MODELOS FAMILIARES EN TRÁNSITO

Montaña adentro (1997) de Marta Brunet remite a un referente de familia monoparental (más abuela) en un momento cultural de conservadurismo social en Chile, tanto en espacios rurales como urbanos. Clara, la abuela, acepta por cariño inmediatamente a su nieto recién nacido, así como también consiente que su hija Cata se convierta en una madre soltera y admite que ambas tendrán que enfrentarse a una sociedad rural pacata. En esta familia no existe figura paterna y desde la perspectiva de la novela el error y perversión asociado a una “incorrecta” formación familiar no se evidencia en la ausencia del padre como figura necesaria por su posible importancia afectiva y de arraigo, sino que en procrear sin una unión legal. El hecho de que la mujer rompa la regla oficial y cristiana del matrimonio desata el castigo a través de las murmuraciones y la distancia que el contexto social le impone. Por otra parte, no se le permite a ella rehacer su vida, puesto que ha cometido un desliz y debe cargar con el signo de la infelicidad, pagando su culpa por ello. La hegemonía patriarcal modela una sociedad en la que no se cuestiona el funcionamiento familiar, los vínculos afectivos, el cuidado y el respeto, sino que valora la apariencia de una familia “bien constituida” según el paradigma tradicional occidental. Clara, a la luz de la presión social no puede o, más bien, no debe aceptar el comportamiento de su hija y señala: “Te muelo a palos si te güelvo a encontrar con él ... Así ... Benaiga m’hijita y lo coltra que mi’ha salío ... Pero me las vís a pagar toas juntas por cochina ... ¡Ah!” (27-28). Para la época, lo esperado es que un niño nazca en una familia tradicional, vista, del modo que plantea Alberdi (1982) como el “conjunto de dos o más personas unidas por el matrimonio o la filiación que viven juntos, ponen sus recursos económicos en común y consumen juntos una serie de bienes” (90). Dentro del conjunto de obras, es posible también leer *La amortajada* (1969) de María Luisa Bombal como

referente de lo que para la época sería una anomalía familiar. Encontramos en esta novela varias formas de relaciones parentales: padres, tías, marido, hija, hijos, nuera, atravesadas por una manifiesta distancia entre los miembros de una familia tradicional de clase acomodada. Zoila, la mujer que cuidó desde el momento de nacer a la protagonista, sustituye sobre todo el vacío engendrado por la apatía paterna. Se indica que “está Zoila, que la vio nacer y a quien la entregó su madre desde ese momento para que la criara. Zoila, que le acunaba la pena en los brazos cuando su madre, lista para subir al coche, de viaje a la ciudad, desprendíase energéticamente de las polleras a las que ella se aferraba llorando” (9-10). Este modelo de inclusión familiar no sanguínea es importante, pues lo que en la novela aparece como una observación que pretende mostrar la soledad de Ana María nos permite reconocer que los vínculos afectivos no biológicos son de gran importancia y se revelaban, a inicios de este siglo, como comentarios al margen. Por su parte, la novela *Hijo de Ladrón* (2012) de Manuel Rojas ha sido pensada como referente de la diáspora familiar, un viaje que generará lazos centrados en lo afectivo y el compañerismo antes que en los lazos sanguíneos. El protagonista de esta obra no solo revela su propia historia familiar, sino que pone su atención en otras familias que le permiten categorizar la suya en una mejor o peor posición en relación a ellas. Desde su mirada de hijo joven y desarraigado el mundo es un lugar extraño, difícil y desesperanzador puesto que no cuenta con parientes sanguíneos a quienes recurrir, como señala el texto: “No esperaba nada, nadie llegaría, mi madre había muerto, mis hermanos estaban esparcidos y mi padre cumplía en un penal una condena por una increíble cantidad de años” (258). De alguna manera esta situación se resuelve con sujetos que constituyen una forma diferente de familia (Cristian y el filósofo) a partir de vínculos amistoso-afectivos. En *El lugar sin límites* de José Donoso (2014), por otro lado, es evidente cómo la novela desarrolla una desarticulación total de la noción de familia. Manuel/Manuela acepta la paternidad, pero no desarrolla las actitudes paternales establecidas. De hecho, reniega de la protección a su hija, sobre todo teme ser llamado padre/ papá, ya que al ser nombrado recae sobre él la carga semántica del rol paterno. Esto lo lleva a permanecer cerca de su hija, sin adoptar las funciones protectoras que la circunstancia le impone. Por otra parte, la Japonesa, en su condición de hija, ejecuta el rol de la madre con respecto al padre, estableciendo una nueva modalidad vincular asentada en el afecto, protección y cuidado, lo que la convierte en la protectora familiar. Por otro lado, tenemos el caso de *Eloy* (1967) de Carlos Droguett, donde nos enfrentamos, desde la perspectiva del delincuente, a una relación de lo familiar determinada por su oficio. Es una relación esporádica, violenta, carente de ternura. El protagonista asume su rol paterno torpemente, mostrándose consciente de su falta de experiencia. Desde su perspectiva, la violencia es para él una manifestación posible del amor: “Toda la vida te quiero apartar y romper y atraer hacia mí, decía, los hombres rompen mujeres para hacer hijos con ellas” (107). Otro caso es *Los vigilantes* (1994) de Diamela Eltit, obra que se ha leído como referente de resistencia y ruptura en relación a los poderes hegemónicos enfrentados a las articulaciones familiares.

En esta novela se muestra a una familia temerosa que resiste la presencia de la dictadura militar, poniendo en escena el lenguaje como mecanismo de resistencia al autoritarismo. Aun cuando hay un padre (aquel a quien se le escribe para mantenerlo informado), la familia está constituida por la madre y su hijo que se enfrentan a la autoridad mediante un discurso que acusa la vigilancia como un sistema de represión, el que niega la posibilidad de establecer vínculos familiares y sociales habituales. El contexto macro-represivo se reproduce en la relación padre-madre, pero también en la vinculación madre e hijo, pues no se entienden y se genera violencia “en los momentos en que mamá se enoja me da hambre. Hambre. Mamá se niega a que yo engorde. Con el hambre mi cabeza de tonto se llena de porquerías. Mamá está traspasada por el miedo. Su pie me patea” (11). A pesar de esta situación es el mismo niño quien revela el afecto que genera un vínculo familiar que finalmente les permite la resistencia: “pero mamá me ama alguna parte del tiempo y me mira para saciar en mí su hambre. Me río del hambre de mamá con una risa opulenta” (13). La risa, en este contexto, parece subvertir el efecto del miedo y fortalecer la resistencia frente al autoritarismo a partir de una complicidad madre-hijo, pero beneficiosa en la situación en la que se encuentran. En la misma línea de lo familiar “desajustado” se encuentra el caso de *Tengo miedo torero* (2001) de Pedro Lemebel. Las representaciones masculinas en la novela abren un nuevo espacio en relación a la familia, sacándola de su modelo tradicional. El padre del protagonista se resiste al hijo “raro”, obligándolo a pelear con otros niños para reafirmar su virilidad en el entorno. En la adultez el protagonista se reconoce como “un niño colibrí” para dar cuenta de su masculinidad diferente en una época marcada por la impronta de la dictadura y el patriarcado: “Yo era un cacho amariconado que mi madre le dejó como castigo, decía. Por eso me daba duro, obligándome a pelear con otros niños” (16). En esta obra se manifiesta, a diferencia de lo que ocurre en las anteriores, ya no sólo abandono, desapego o transitoriedad de los roles familiares; se trata de abuso hacia el niño, al obligarlo a remarcar sus rasgos viriles para tranquilizar la inquietud del padre. En la novela, el narrador dice: “tan borracho esa vez manoseando. Tan ardiente su cuerpo de elefante encima de mí punteando, ahogándome en la penumbra de esa pieza, en el desespero de aletear de pollo empalado, como pichón sin plumas (...) Y luego, el mismo sinsabor del no me acuerdo, el mismo calcetín olvidado...” (16). Los afectos están ausentes, el niño vive expuesto al abuso y la violencia de los otros.

Ya cerrando el ciclo de obras que representan a la familia desde su anomalía, se encuentran los cuentos “El desorden de las familias” (1994), “Adulto contemporáneo” (1994) e “Hijos” (2004) de Alberto Fuguet. Estos textos refieren a la vinculación y desvinculación familiar en tiempos de cierre de la dictadura. El primero se emparenta con el cuento “El orden de las familias” (1967) de Jorge Edwards. Allí donde Edwards juega con el título para proponer que existe un aparente orden que se derrumba, Fuguet expone literalmente el desorden de la familia tradicional mediante la separación de los padres, la frustración e inestabilidad de los hijos y los no tradicionales vínculos que, en algunos

casos, se establecen entre los integrantes del grupo. Fuguet recupera la imagen incestuosa de un hermano y su hermana, proveniente del cuento de Edwards, y la reproduce desde su contexto contemporáneo entre dos hermanos varones, actualizando la perversión, pero sumando además una segunda anomalía en el contexto temporal de producción de “El desorden de las familias”: la homosexualidad. En ambos cuentos la sutileza de las imágenes quiere mantener el control de la situación y representar a la familia adecuada a los cánones tradicionales. Lo incestuoso, lo homosexual no se declara, ni se visibiliza. Por su parte, los cuentos “Adulto contemporáneo” e “Hijos” se conectan con la narrativa de inicio del dos mil, y no sólo por su fecha de publicación, sino también por las formas como se representa a la familia. Son textos que se acercan a la literatura chilena del siglo XXI y donde la familia amplía sus modos de constitución. En estos cuentos de Fuguet aparece un cuestionamiento a las formas familiares tradicionales, no como un comentario al margen o como una descripción sin mayor reflexión. Al contrario, se habla de la familia, de su composición, de las diferencias con otras, de los deseos de participar o no en roles familiares tradicionales (padre, madre, hijos), de la ausencia parental y de la formación de otro tipo de comunidades-vínculos familiares. En el caso de “Hijos” los protagonistas discuten la idea de tener o no una mascota porque no quieren ser padres. En el cuento, una pareja de ancianos solitarios expone la experiencia de generar un vínculo afectivo con un animal indefenso que entra en sus vidas. Sin embargo, en la obra de Fuguet aún se muestran estas formas familiares como fórmulas no sanas, como un problema de la gente solitaria. Así, en “Hijos”, el veterinario le indica al protagonista: “la gente sola se encariña mucho con los animales” (117). Con ello pareciera que el narrador pretende poner una alarma, mostrando una situación que le parece límite: el error del amor al gato tal como si fuera un hijo. Por otra parte, en “Adulto contemporáneo” se evidencia el miedo a la paternidad de parte de Gonzalo, el protagonista. La mujer le indica “Serás el mejor papá del mundo. –No quiero ser como el mío. –El tuyo no fue tan malo. Era asustadizo, no más. Si no fuera por él, no te tendría” (379). Este temor a llegar a ser como los padres, que se manifiesta en evitar la paternidad y con ello repetir los errores de sus mayores, se presenta como una de las principales fuentes temáticas de los nuevos paradigmas familiares representados en la narrativa chilena del siglo XXI.

CONSOLIDACIÓN DE LA VARIEDAD FAMILIAR EN LA LITERATURA DEL SIGLO XXI

En el caso de la literatura de este siglo el panorama familiar se complejiza o amplía, dependiendo del punto de vista desde el que se mire. La familia ya no sólo aparece como núcleo articulador de un modelo anómalo, sino que definitivamente su noción se transforma. Los textos del apartado anterior proponen un paradigma que la narrativa post dos mil retoma, pero desde las perspectivas actuales. La noción de «madre soltera» o la importancia de la abuela en la crianza y sus dificultades con el conservadurismo en Brunet

da lugar a contar otro tipo de historias de hijos/as sin padre en la actualidad, como Verónica y Daniela en *La vida privada de los árboles* (Zambra); el joven estudiante de periodismo y su madre en *Camanchaca* (Zúñiga); el adolescente criado por su abuela en «Cosas que nunca te dije» (Viera Gallo), o los niños y su madre en *El Sur* (Villalobos). En relación a estas nuevas formas es interesante revisar cómo fluyen los lazos internos, conformando núcleos familiares que descansan en relaciones que superan la consanguinidad. Así como el vínculo maternal de Ana María y Zoila de *La Amortajada* o el fraternal entre Aniceto, Cristian y el filósofo en *Hijo de Ladrón*, podemos establecer una conexión entre esas obras que representan lo familiar desajustado con las obras de este siglo, que muestran nuevas formas familiares que amplían la noción de familia. De este modo, la familia crece o se funda más allá de la lógica sanguínea y legal. La cercanía se escoge, no solo al formar una pareja, sino que también al concederle un rol familiar a otros sujetos próximos, como sucede con Livia y Dangil, en *Verano robado* de Viera Gallo o con Camilo y el narrador de «Camilo» de Zambra. Así pues, abordar la familia en la literatura del siglo XXI pone en escena una nueva concepción. Dentro de este orden de cosas, también las disciplinas de las Ciencias Sociales han debido abocarse a este fenómeno y documentarlo a cabalidad. Como señalan Mayorga y Salazar (2019), al respecto:

La sociedad ha vivido distintos momentos con el tiempo que han producido cambios en ella y efectos relevantes en la familia. Uno de estos es la incorporación de América Latina a una economía global en la década de los noventa y a procesos de modernización y modernidad. Como consecuencia de ello, la sociedad sufre transformaciones en sus ámbitos económico, político, tecnológico, social y cultural, que afectan a la familia en materia de estructura, funciones, roles, ciclo de vida, funcionamiento, e incluso en aspectos conceptuales de la misma, con repercusiones en la sociedad como un todo (16).

Dentro de los efectos de estas transformaciones, uno que adquiere relevancia, según Beck-Gernsheim (2003), es el de la individualización. Al incorporarse las sociedades a una economía capitalista como la actual, el proyecto individual se torna más relevante lo que impacta directamente al modelo tradicional de familia. Surge, en consecuencia, lo que ella denomina la familia posfamiliar (25). El modelo, así, presenta nuevas posibilidades que se materializan en conformaciones de lo que podríamos hoy llamar familia, pero con otros sentidos. La narrativa en estudio al respecto ha venido perfilando estas transformaciones. Ahora es el vínculo lo que determina a la familia y no las reglas o normas sociales que dicta el contrato social. Al respecto, Giddens (2000) sostiene que “hay tres áreas principales en las que la comunicación emocional, y, por tanto, la intimidad, están reemplazando los viejos lazos que solían unir las vidas privadas de la gente -las relaciones sexuales y amorosas, las relaciones padre-hijo y la amistad” (30). En relación a estas nuevas formas es interesante revisar cómo fluyen los vínculos internos cuando pensamos en familias actuales, más allá del posible desprestigio social de una madre soltera, por

ejemplo, o la condición de hermano o hermana. De este modo, gracias a las nuevas formas de vinculación, se consolidan otra clase de relaciones no parentales-consanguíneas, las que requieren ser examinadas. En la nueva esfera de aquello que podemos denominar como familia, la cercanía se escoge, no sólo al formar una pareja o un grupo de familia convencional, sino que también al concederle un rol familiar a otros sujetos próximos por afecto. En función de esto, y para centrar la revisión en algunas de las obras del siglo XXI, se consideran tres perspectivas, panorámicas por el momento, que operan en este estudio como ejes de análisis de la familia en la narrativa de las últimas décadas: a. vínculo paterno/sanguíneo, b. vínculo afectivo y c. vínculo social.

a. Vínculo paterno/sanguíneo. Las dimensiones que adquiere la relación familiar puede tomar registros positivos o negativos. A partir de las figuras de autoridad (padre/madre), los personajes muestran, por ejemplo, rechazo hacia ellas, como es el caso del protagonista de “Gansos” (2014) de Roncone. Aquí el padre es rechazado, pues resulta más bien la sombra fantasmal de quien alguna vez pasó por la vida del protagonista: “mi padre nos abandonó a mamá y a mí cuando cumplí tres años...era un hombre violento, que solía golpearnos cuando llegaba borracho” (51). El destino del protagonista, ya convertido en adulto, toma, sin embargo, un nuevo giro, cuando le avisan que su padre está muriendo y quiere verlo. Entonces, realiza un viaje al sur, pero una vez allí se resiste: “Me asomé por la ventana: entre las ramas podía ver el tercer piso de la casa de mi padre. Ahí está el desgraciado, pensé” (54). Inmediatamente, el protagonista, un hombre de veintinueve años, quien se encuentra en plena crisis de pareja, esperando por lo demás un hijo que no desea, se queda en la casa del padre, pero negándose a verlo. La mujer que atiende a su progenitor es Lourdes, madre de Juan, un niño de diez años. Por otro lado, la pareja del protagonista, Fernanda, ha quedado en casa, embarazada del hijo de los dos. El protagonista establece, durante su estancia en casa del padre, una relación con Lourdes y su hijo. Particularmente, con el niño, Juan. Y aunque se niega a ver al padre, persiste en quedarse y lentamente va estableciendo un vínculo de cercanía: “Me gustaba observar a Juan. Nunca había vivido con un niño y prefería observarlo a intentar conversar con él: temía aburirlo o incomodarlo más de la cuenta” (58). En un momento, el protagonista decide ayudarlo para que aprenda a nadar y realiza esta tarea con entrega y cuidado:

Comencé las clases con Juan. Lourdes estiró una toalla sobre las piedras y se sentó. Juan y yo entramos al agua. Estaba realmente fría. Tomé al niño de la cintura. Le dije que moviera las piernas y los brazos a medida que yo avanzaba. En ningún momento lo solté. Estuvimos quince minutos dentro del agua (61).

Así, en este proceso de conocimiento recíproco, la vinculación produce un efecto inesperado. El protagonista se siente distante de su pareja y del hijo que esperan, también del padre que yace enfermo en la casa. Sin embargo, en el proceso de ir conociendo a Lourdes y su hijo se genera para él una cercanía que le resulta más relevante: “Lourdes y yo fuimos convirtiéndonos en confesores mutuos de nuestras pequeñas miserias. Ella

me hablaba largo rato sobre sus deseos para el futuro de Juan, sobre los problemas con el papá del niño” (61). El protagonista se resiste a volver a casa junto a Fernanda y, por otro lado, visitar al padre. Las figuras que lo rodean desde lo sanguíneo le resultan menos determinantes que la mujer desconocida y su hijo, con quienes establece esta relación que le genera un sentido nuevo. Es en ese proceso que supera una de sus frustraciones, el no poder escribir cuentos que lo satisfagan. En ese tiempo de sentirse en compañía de Lourdes y Juan escribe dos cuentos y es como si la realización de su vida de pronto adquiriera sentido. En torno a esta forma de familia es posible advertir que tanto el protagonista de “Gansos”, como el de otras obras narrativas de inicios del dos mil, han crecido intentando diferenciarse del modelo de familia en el que les tocó nacer. En este sentido, si los padres son el ejemplo de la composición tradicional de la familia, para los hijos son el modelo que no quieren seguir y aspiran a formas diferentes de vinculación. Los afectos resultan más determinantes que los lazos que impone la regla.

Como parte de este proceso, el comportamiento paterno se revisa, se cuestiona, se desecha, se re-inventa, se distorsiona o se busca en la calle, en otras familias, en los amigos, en los maestros o en la televisión. Los padres que a veces aparecen y desaparecen como es el caso de la figura paterna de *Camanchaca* (2012), de Diego Zúñiga, o “El proceso” (2010) de Pablo Toro; los padres silenciosos, de *Formas de volver a casa* (2011), los padres victimarios o víctimas de “Había una vez un pájaro” (2013) de Costamagna, el padre traidor de *Cansado ya del sol* (2002) de la misma escritora; los padres inmaduros y confundidos de *Verano Robado* (2006) de Viera-Gallo. Como señala Ignacio Álvarez (2013), se observa en estas obras de inicios del siglo XXI, un síntoma, una especie de intento de superación de la orfandad a la que alude Cánovas, refiriéndose a las novelas de fines del siglo XX: “En el antiguo idioma de la antropología estructural, diríamos que la paternidad aparece “sobrealorada” en estas novelas, pues es atesorada en su valor o padecida con intensidad” (3).

Por otro lado, con respecto a la madre en algunos casos su rol se conjuga entre ser padre y madre a la vez, como sucede con la mencionada madre del joven universitario en *Camanchaca* de Zúñiga o la madre de Daniel y su hermano en *El Sur* de Villalobos. De algún modo, las madres son una figura borrosa; se le admira si lucha, si espera a un ausente, si es el puntal económico de la familia; se le observa con ternura a pesar de su silencio, su ausencia, su capacidad de manipulación o su inmadurez. De esta forma para los y las protagonistas de diversas novelas y cuentos de los primeros años del siglo XXI los padres son portadores de secretos, son enigmáticos, distantes y posiblemente sin intención enseñaron a sus hijos/as a no necesitarles y a negarse a formar familias tradicionales para no repetir sus dañinas experiencias.

b. Vínculo afectivo. Donde mejor se observa la configuración de esta nueva concepción de lo familiar, basada en los afectos, antes que en los lazos sanguíneos, es en la relación que los personajes establecen con un animal. Los hijos, en tanto personajes, intentan en su presente adulto vincularse con otros/as afectivamente y componer formas

familiares distintas de las que fueron parte. Es lo que sucede en “A las cuatro a las cinco a las seis” (2011), de Costamagna, donde una pareja conforma el grupo familiar con un gato como sustituto de un hijo. A tal extremo llega esto que, cuando el gato se enferma, la pareja corre desesperada a un centro de salud para personas y exige que un médico examine al gato:

La mujer del mesón no quería darles la pasada. ¿Cómo se le ocurre?, había dicho. Pero a Isidora se le ocurría. Y se le ocurrían cosas peores. Hasta que la expresión moribunda del animal que cargaba como a un crío terminó por ablandar a la auxiliar. “Ya, saque número en la maquinita y espere a que la llamen”, rumió. Y le cobró una consulta doble (44-45).

La pareja guarda esta curiosa relación. Cada uno por su lado centra en el gato aquellas cuestiones que operan como deseo. El gato es el objeto del vínculo que conforma al grupo, pues transfirieron la paternidad, que ambos evitaban, a formas de afecto por el felino, que de manera absurda contravienen la lista de razones que construyeron juntos para argumentar las razones por las que no tendrían hijos:

- Dormir ocho horas seguidas.
- No criar ni malcriar.
- No esperar aprobaciones ni reprobaciones de la parentela.
- No tener que desaprobar la marihuana.
- No planear desayuno-almuerzo-once-cena; no depender del supermercado.
- No pagar jamás jardines infantiles, colegios, institutos, universidades, cesantías.
- Evitar domingos de parentela forzada.
- Evitar hospitales, clínicas, servicios de urgencia a medianoche.
- Y así (45).

Se constituye, así, una réplica bizarra de la familia tradicional, en la que la relación de la protagonista con el gato adquiere dimensiones inesperadas, transformando al felino poco a poco de un ente a quien dirigir las palabras y no hablar sola, según le planteó a su terapeuta, a un sustituto de hijo que nunca quiso y que, además, por salud, nunca podría tener.

No es tampoco tan diferente para él. La presencia del gato filtra la relación de la pareja y se convierte en el elemento a partir del cual pueden postergar la resolución de la crisis que atraviesan:

Sacaron número en la maquinita y caminaron por el pasillo. No había dónde acomodarse. Optaron por sentarse en los escalones de la entrada. Se turnaban los cinco kilos doscientos del gato: un rato ella, un rato él. La atención iba recién en el número veinte y ellos tenían el sesenta y dos. Y ya que existía una cuarentena de enfermos por delante y estaban solos y tenían atascadas las palabras del día

anterior, hablaron. Javier dijo: “Yo creo que hay una sola salida, cariño”. Nunca le decía *cariño* (47).

La incomunicación, por parte de la pareja, y el cuidado del gato-hijo juegan como extremos para configurar la estabilidad familiar, postergando poner un final a la relación. Mientras el veterinario anuncia que es necesario cortarle la oreja al gato, ignorando la presencia de la pareja de Isidora, la relación se termina durante esa madrugada: “-Separarnos- había disparado él, con el gato herido en sus brazos, a las cuatro, a las cinco, a las seis de la madrugada (50)”. El desenlace de la historia acaba por confirmar la sentencia. La pareja se quiebra y es Isidora quien se queda con el gato. Al gato le cortan la oreja y la protagonista proyecta su nueva vida: “Isidora recogió las motas de algodón con sangre de la alfombra y pensó que a su gato le compraría un gorrito para que no se viera tan ridículo ni pasara frío de aquí en adelante” (51). En la proyección de futuro, ya sin Javier, el gato ocupa, ahora con toda consistencia, la condición del hijo y la figura de Isidora viene a convertirse en la propia de la mujer separada con hijo. Así, la utopía de una familia virtuosa conduce a la decepción, pues no se logra el paradigma diferente a la familia de origen.

La constante en estas narrativas es una esperanza inicial de felicidad duradera a través del vínculo afectivo con otros/as que termina en la aceptación de un bienestar por tiempo limitado, asumiendo la fragilidad de las relaciones y su fecha oculta de caducidad. Del mismo modo sucede en un conjunto de obras del estilo, como ocurre con el protagonista de *La vida privada de los árboles* (2007), quien entra en una familia de madre e hija como “el padrastro”, una historia que irreversiblemente anuncia el final de la relación, pero que pudo concretarse en la medida en que los vínculos afectivos la sostuvieron; o donde la aceptación temprana del fracaso familiar evita una discordia aún mayor, como ocurre en “El proceso” (2010) de Pablo Toro: “vivía solo en mi casa del Barrio Bellavista. Mi mujer, la “Gorda”, se fue de la casa y se llevó a la Gabrielita y me quedé solo en ese caserón antiguo...” (43).

c. Vínculo social. Por último, son interesantes las nuevas relaciones familiares que incluyen al contexto más cercano de los personajes, que va desde los amigos hasta los aparatos tecnológicos. En este punto, cabe señalar que aparecen los amigos como esa familia que se escoge por afinidad lógica y afectiva. En esta forma de relación familiar apócrifa los roles de padre, madre e hijos/as es variable. Se cumple este rol según las necesidades emergentes. Sin embargo, el efecto de los lazos que promueven estos roles se evidencia en la protección que ofrece o recibe de otro/a. En la narrativa de Zambra aparece Camilo, en un cuento que lleva este mismo nombre. Se trata del hijo de un antiguo amigo del padre del narrador. De algún modo, éste hereda la amistad y se hace parte de la familia del narrador, convirtiéndose sobre todo en una especie de hermano cómplice y protector del hijo de la familia, quien cuenta la historia intentando explicar qué papel juega el joven en su mundo familiar. Camilo cuenta con una familia nuclear, pero busca la protección amistosa-familiar en otro lugar. El narrador explica: “...mi papá había sido

muy amigo del papá de Camilo, Camilo grande” (29) y la relación se estrecha por medio del bautizo del niño. El vínculo afectivo se ve truncado por el exilio de Camilo, padre, pues se desintegra la familia nuclear. July y Camilito se quedan en Chile y del mismo modo que se pierde al padre, se pierde al padrino, pues sin la amistad de los adultos la vinculación familiar se diluye. Por este motivo, en su mayoría de edad, el joven Camilo busca encontrar una figura paterna: “Así que Camilito creció extrañando a su padre, esperándolo, juntando dinero para ir a verlo. Y un día, cuando acababa de cumplir dieciocho, decidió que si no podía ver a su padre al menos debía encontrar a su padrino” (29). En el cuento, el narrador se pregunta “¿Por qué Camilo pasaba tanto tiempo con nosotros? (...) porque en su propia casa no lo pasaba bien (41).

Lo que viene a continuación es un proceso de cercanía que lentamente construye un afecto entre el narrador y Camilo:

A pesar de mi desconfianza inicial, de inmediato comprendí que Camilo era una de las personas más divertidas imaginables. Rápidamente se convirtió en una presencia benéfica y protectora, un tipo luminoso, un verdadero hermano mayor. Cuando partió a Francia, cumpliendo el sueño de su vida, yo pensé eso, que se me iba un hermano. Fue en enero de 1991, eso puedo decirlo con precisión (30).

El narrador es un ser aporreado, tímido, inseguro, que encuentra en Camilo un cómplice y amigo, un virtual hermano mayor, siempre dispuesto a ayudarlo, comprenderlo y darle confianza para integrarse en una sociedad que le hace sentir diferente: “...él me decía que todos éramos distintos, que esas cosas raras que yo tenía quizás eran normales. O que no lo eran, pero daba lo mismo, porque la gente normal era apesadumada” (33). El vínculo afectivo que se establece entre los dos convierte la relación en un soporte emocional para el narrador, pues la presencia de Camilo le permite sortear sus propias dificultades. El joven, integrante no sanguíneo de su familia, se convierte en una figura fundamental de su vida dándole apoyo en distintos momentos de su crecimiento:

Podría llenar varias páginas demostrando la importancia de Camilo en mi vida. Por lo pronto recuerdo que fue él quien, después de una conversación ardua y llena de argumentos sofisticados, me consiguió permiso para ir por primera vez a un concierto (fuimos juntos a ver a Aparato Raro, en el colegio Don Orione, de Cerrillos), y también fue él la primera persona que leyó mis poemas (34).

Esta forma de vinculación no es exclusiva en el cuento aludido. Ocurre en un conjunto de obras del siglo XXI. Un caso es *Verano Robado*, de María José Viera-Gallo. Ahí el modelo de una familia ensamblada deviene en otra relación. Los adultos no son garantía de estabilidad, pero los adolescentes, hijos de anteriores relaciones de los adultos, deciden por su cuenta que pase lo que pase serán hermanos el resto de su vida. Toman esta decisión, pues definen que su vínculo fraterno va más allá de compartir lazos sanguíneos y

más allá del reconocimiento legal de sus padres como matrimonio, porque en ellos existe la voluntad de ser hermanos.

Otros vínculos de nuestro tiempo se revelan en la relación que los sujetos establecen con las máquinas-tecnología o la forma en que estas posibilitan nuevas proximidades, como sucede en “La vida incompleta” (2013) de Galo Ghigliotto, donde el protagonista mantiene contacto con su novia y su mejor amiga a través de la virtualidad, hasta un punto en el que nota que su comunicación se limita a la escritura y durante días se mantiene sin conversaciones “con la voz y los oídos” (p. 71), enajenándose de su realidad presencial más próxima. Por otra parte, en el cuento “Historia de un computador personal” de Zambra (2013), el computador del protagonista adquiere ciertas particularidades humanas cercanas al rol de hijo, pues el relato de su llegada al hogar y su permanencia en él se indica como una especie de biografía en la que se señala el día de su compra, los antivirus que se le cargaron (como vacunas), el lugar que ocupa en el dormitorio, el lugar más amplio y propio que ocupa en un nuevo departamento, su participación en la relación de pareja cuando el hombre deja de ser soltero e incluso su contribución en su ruptura: “a casi dos años de su adquisición, el computador fue trasladado a un departamento un poco más grande en la comuna de Ñuñoa. El entorno era ahora bastante más favorable: le asignaron un cuarto propio y armaron, con una puerta vieja y dos caballetes un escritorio” (55).

Los vínculos aquí presentados como un panorama amplio serán explorados de manera más profunda en futuros artículos que posibiliten análisis más profundos y mayor desarrollo de las problemáticas que cada eje presenta por separado.

CONCLUSIONES

En las obras del siglo XX y el siglo XXI se advierte un espacio común, el de la familia. Dado que, como se ha demostrado, el modelo familiar en la narrativa del siglo anterior es representada como una estructura desajustada al modelo impuesto y en las últimas décadas de este siglo, como un modelo que amplía sus posibilidades, sustentándolo en los afectos más que en los lazos sanguíneos, podemos advertir una relación temática, aunque diferenciada. La narrativa chilena ha dejado traslucir una transformación, tanto social, como cultural. Las lecturas que se han realizado de ella no habían fijado su atención en este aspecto, pero claramente, a la luz de los textos surgidos durante el siglo XXI, es posible ahora revisar lo familiar de otro modo. Las obras canónicas del siglo XX habían dejado entrever que en la realidad los grupos familiares se armaban con lo que se podía o cómo se podía, desde el punto de vista material, social o afectivo y en esos modos relacionales la imposición de la familia convencional, atada a los lazos sanguíneos y patriarcales, no encajaba. Eran datos sueltos. Con la producción literaria que comienza a inicios del siglo XXI, donde la familia impuesta es ahora rechazada y los vínculos afectivos son más relevantes que la parentela sanguínea, se abre un ángulo de lectura en torno a la literatura chilena que permite revisarla de otro modo. Es evidente que existe un puente entre estos

dos momentos o registros. También es evidente que la narrativa del siglo XXI registra o anuncia una transformación cultural y social. La representación de la familia en las últimas décadas deja en evidencia que los vínculos afectivos definen de manera más taxativa y determinante la noción de esta nueva familia, una noción de amplitud ilimitada, siempre y cuando se centre en las diversas formas de cercanía entre los sujetos. Por eso, como hemos visto, si el personaje genera un vínculo con una mascota o, incluso, con una máquina, esta relación adquiere validez y densidad, tensionando los límites que la realidad establece para hablar de lo que es la familia. Desde este punto de vista, hablamos también de una familiaridad textual entre la narrativa del siglo XX y el XXI. La familia y su diversidad es un nexo que articula una constante en la narrativa nacional, por ello cada cercanía entre textos del siglo XX y el XXI ha sido pensado como una suerte de “familiaridad textual”. Textos que construyen un soporte literario desde el que se ha venido aludiendo a la idea de familia. Aunque acotada, esta lectura indica que es posible sugerir cómo se ha visto, cómo se ve, cómo cambian, cómo se reiteran o intensifican modelos familiares diversos en la narrativa chilena, poniendo la mirada desde la narrativa reciente hacia atrás. Desde una perspectiva cultural más amplia en conexión con la representación de la familia en la narrativa estudiada, recordamos el planteamiento de Giddens (2000) respecto a los cambios familiares, cuando señala “emparejarse y desparejarse son ahora una mejor descripción de la situación de la vida personal que el matrimonio y la familia. Es más importante para nosotros la pregunta “¿tienes una relación?” que “¿estás casado?” (29). Entonces podemos decir que los paradigmas familiares revisados en la narrativa precedente persisten en la reciente, pero varía su relato. Así, es posible advertir que la producción escritural de los últimos siglos en Chile, ha sostenido, como dice Culler (2000), una regularidad o permanencia y, por otro lado, una dinámica de diferenciación, lo que genera una transformación en el registro literario. De este modo, se establece un diálogo entre una y otra, un diálogo que da lugar a la conformación de una tradición, tal como le corresponde a la literatura. Se trata, en este caso, de un diálogo, por lo demás, fructífero, toda vez que al poner en el centro el asunto de la familia, la literatura chilena ha ido anunciando, siguiendo a Williams (1997), un cambio por venir. Referirse a la familia en la literatura nacional es del todo relevante, tanto para estudiar los hitos transformacionales de la tradición literaria, como de la cultura misma del país.

BIBLIOGRAFÍA

- Alberdi, Inés. “Un nuevo modelo de familia”. *Revista de Sociología* 18 (1982): 87-112.
- Álvarez, Ignacio. “Vuelven los padres: niños, historia y autoridad en la narrativa chilena reciente” (Ponencia). *Jornadas: En el país de nunca jamás. Narrativas de infancia en el Cono Sur*. Pontificia Universidad Católica de Chile, Instituto de Estética. Santiago de Chile, 2013.
- Amaro, Lorena. “Formas de salir de casa, o cómo escapar del Ogro: relatos de filiación en la literatura chilena reciente”. *Literatura y Lingüística* 29 (2014): 109-129.

- _____. “Lecturas huachas: Biblioteca de infancia en la narrativa chilena actual”. *Revista de Humanidades* 31(2015): 77-102.
- Beck-Gernsheim, Elizabeth. *La reinención de la familia. En busca de nuevas formas de convivencia*. Buenos Aires: Ediciones Paidós Ibérica S.A., 2003.
- Bombal, María Luisa. *La amortajada*. Santiago: Orbe, 1969.
- Bottinelli, Alejandra. “Narrar (en) la “Post”: la escritura de Álvaro Bisama, Alejandra Costamagna, Alejandro Zambra”. *Revista Chilena de Literatura* 92 (2016): 7-31.
- Brunet, Marta. *Montaña adentro*. Santiago: Editorial Universitaria, 1997.
- Cánovas, Rodrigo. *Novela chilena. Nuevas generaciones. El abordaje de los huérfanos*. Santiago: Ediciones Universidad Católica, 1997.
- Carreño, Rubí. *Leche amarga: violencia y erotismo en Bombal, Brunet, Donoso y Eltit*. Santiago: Cuarto Propio, 2007.
- Costamagna, Alejandra. *Animales domésticos*. Santiago: Random House Mondadori, 2011.
- _____. *Había una vez un pájaro*. Santiago: Editorial Cuneta, 2013.
- _____. *Cansado ya del sol*. Santiago: Planeta, 2002.
- Culler, Jonathan. *Breve introducción a la teoría literaria*. Barcelona: Crítica, 2000.
- De Pina Vara, Rafael. *Diccionario de Derecho*. México: Editorial Porrúa, 2005.
- Donoso, José. *El lugar sin límites*. Alfaguara, 2014.
- Droguett, Carlos. *Eloy*. Santiago: Editorial Universitaria, 1967.
- Edwards, Jorge. *Las máscaras*. Barcelona: Seix Barral, 1967.
- Eltit, Diamela. *Los vigilantes*. Santiago: Editorial Sudamericana, 1994.
- Engels, Friedrich. *El origen de la familia, propiedad privada y el Estado*. Madrid: Fundación Federico Engels, 2006.
- Franken, María Angélica. “Memoria e imaginarios de formación de los hijos en la narrativa chilena reciente”. *Revista Chilena de Literatura* 96 (2017): 187-208.
- Fuguet, Alberto. *Sobredosis*. Santiago: Planeta, 1994.
- _____. *Cortos*. Alfaguara. Santiago de Chile: Random House, 2004.
- Garay, Felipe. (2016). “Los hijos narrando a sus familias en narrativas chilenas, argentinas y un documental de postdictadura”. Informe para optar al grado de Licenciado en Lengua y Literatura Hispánica con mención en Literatura. Universidad de Chile, 2016.
- Ghigliotto, Galo. *A cada rato el fin del mundo*. Santiago: Emergencia Narrativa, 2013.
- Giddens, Anthony. *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*. Madrid: Taurus, 2000.
- Jeftanovic, Andra. *Hablan los hijos. Discursos y estéticas de la perspectiva infantil en la literatura contemporánea*. Santiago: Editorial Cuarto Propio, 2011.
- Lemebel, Pedro. *Tengo miedo torero*. Santiago: Anagrama, 2001.

- Mayorga, Cecilia y Diana Salazar. *Tipologías familiares y ciclos vitales. Una propuesta conceptual y operativa para la intervención social*. Temuco: Ediciones Universidad de la Frontera, 2019.
- Miranda, Macarena. “Relatos oblicuos de la dictadura chilena: ¿post-memoria en las formas de volver?”. En: B. Cano, A. Vega, C. Moran. *Escrituras al límite: Canon, forma y sujeto en la literatura contemporánea*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2022.
- Olea, Catalina. “Una ráfaga de hijos únicos: Una vez argentina (2003) de Andrés Neuman, Formas de volver a casa (2011) de Alejandro Zambra y El sistema del tacto (2018) de Alejandra Costamagna”. *Anales de Literatura Chilena*, núm. 37 (2022): 69-84.
- Oyarzun, Kemy. “Ideograma de la familia: género, vida privada, y trabajo en Chile, 2000-2003”. En: Valdés, X. y V, Teresa. *Familia y vida privada: ¿transformaciones, tensiones, resistencias o nuevos sentidos?* (pp.277-310). Santiago: FLACSO-Chile/CEDEM/UNFPA, 2005.
- Páez, Guillermo. *Sociología de la familia: elementos de análisis en Colombia y América Latina*. Colombia: Universidad Santo Tomás, Centro de Enseñanza Desescolarizada, 1984.
- Pérez Lo Presti, Alirio y Marianela Reinoza Dugarte. “El educador y la familia disfuncional”. *Revista Educere* 22 (2011): 629-634.
- Rojas, Manuel. *Hijo de ladrón*. Santiago: Editorial Zig-Zag, 2012.
- Roncone, Juan Pablo. *Hermano ciervo*. Santiago: Libros del Laurel, 2014.
- Toro, Pablo. *Hombres maravillosos y vulnerables*. Santiago: La Calabaza del Diablo, 2010.
- Viera Gallo, María José. “Cosas que nunca te dije”. *Cosas que nunca te dije*. Santiago: Tajar Editoriales, 2014.
- _____. *Verano Robado*. Santiago: Editorial Alfaguara, 2006.
- Villalobos, Daniel. *El sur*. Santiago: Laurel, 2012.
- Williams, Raymond. *Marxismo y literatura*. Barcelona: Ediciones Península, 1997.
- Zambra, Alejandro. *La vida privada de los árboles*. Barcelona: Anagrama, 2007.
- _____. *Formas de volver a casa*. Santiago: Anagrama, 2011.
- _____. *Mis Documentos*. Santiago: Anagrama, 2013.
- Zúñiga, Diego. *Camanchaca*. Santiago: Literatura Random House, 2012.

